PERSONA Y FELICIDAD

PRESENTACIÓN

La felicidad cristiana, quiere el Señor que se parezca a la sal: para dar sabor, para evitar la corrupción. La bienaventuranza cristiana, quiere Jesús que se parezca a la luz: para disipar toda oscuridad y tenebrismo. Constatamos que en la historia humana, la remota y la actual, hay demasiadas cosas oscuras, tenebrosas, apagadas, opacas. No es un

drama de este o aquel país, de esta o aquella época, sino un poco el fatal estribillo de todo empeño humano cuando está viciado de egoísmo, de cinismo, de injusticia, de mentira, de inhumanidad...

La presencia cristiana en un mundo con tantos rincones insabrosos y oscurecidos, no es un alarde sabihondo. Los cristianos en tantas ocasiones hemos sido protagonistas, o al menos cómplices, de un mundo tan poco bienaventurado y tan infeliz. Por eso no es la actitud nuestra, no es lo que pide el Señor en este evangelio, una posición presuntuosa. No pretendemos decir a la gente insabrosa y apagada: *Miradnos a los cristianos.* Sería arrogante e incluso hipócrita. Nuestra indicación es otra: *Miradle a Él, mirad a la Luz, acoged la Sal.*

Lo que ocurre, y éste es nuestro desafío, que esa Luz y esa Sal que constituyen la Buena Noticia de Jesús, son visibles y audibles cuando se pueden reconocer en la vida de una

comunidad cristiana, en la vida de todo cristiano. Jesús nos quiere felices, bienaventurados, nos quiere con una vida llena de sabor y plena de luz. Con otras palabras, una vida justa, honesta, pacífica, bondadosa, bella, solidaria, humana... Una luz que ilumina toda zona oscura, y una sal que produce un gusto de vida nueva. Es decir, una luz que puesta en el candelero de una ciudad elevada hace que el testimonio de Dios sea visible y audible, para que quien nos vea y escuche pueda dar gloria a nuestro Padre del cielo.

Felipe Santos, SDB

Málaga-6-mayo-2007

LA PERSONA CRISTIANA ES FELIZ

Al proclamar en la montaña las bienaventuranzas, Jesús responde a la necesidad de alegría depositada por Dios en el corazón del hombre. Este, por el pecado, ha hecho de la tierra un *valle de lágrimas* : en él lloramos y gemimos.
Sin embargo, apenas se levanta en el horizonte una fina esperanza, recobramos el aliento, se ilumina nuestra mirada y tendemos a un futuro más claro que el presente.

> Soñamos, como utópicos, en días que canten y en progresos indefinidos de la humanidad, pues como enfermos, esperamos la curación, incluso en el instante de nuestra muerte ;
> Como pobres, la ganancia de una lotería;
> Como cristianos, deseamos la reconquista del paraíso perdido y el acceso en la nueva Jerusalén

Olvidamos a menudo las condiciones de la felicidad. Y sin embargo tiene que pensar más en las promesas que Dios el ha hecho. Jesús es el Maestro que le anuncia cada día con su palabra y sacramentos que la felicidad se alcanza cada día.

> *(... La verdadera felicidad no se encuentra en las riquezas, ni en los honores, ni en la fama o gloria, ni en el poder...)*

Ningún ser creado es capaz de aplacar nuestros deseos, pues toda criatura tiene sólo una bondad parcial y participada. Sólo Dios puede colmar la felicidad en la que sueña el hombre ...

La verdadera felicidad es a la vez contemplación del Señor y comunicación con él. San Agustín la definió "la alegría de la verdad": nuestra felicidad procederá de la visión de Dios-Verdad.
Ciertamente, no lo comprendemos, pues su inteligencia es infinita, pero descubriremos su Ser en tanto en cuanto seamos capaces.
Al mismo tiempo, poseeremos a Dios- Amor (o mejor, es él mismo quien nos poseerá) y experimentaremos a Dios-Alegría por toda la eternidad...

La conquista de la felicidad

La visión de Dios esta fuera de nuestro alcance humano. Jamás, con nuestras propias fuerzas, podríamos llegar a una tal contemplación: es un don de Dios que, como " todo don excelente, toda donación perfecta viene de arriba y desciende del Padre de las luces" *(Santiago 1, 17).*

La verdadera alegría se recibe de Dios y tenemos que pedirle un tal bien mediante la oración. Aquí, como siempre, Cristo es y será nuestro Mediador (de gracia y de gloria) : *"Sin mí, no podéis hacer nada" (Jn 15, 5).*

En el sermón de la montaña, nos anuncia la felicidad;
Por su Pasión, nos la merece;
Por su Resurrección, nos la concede.

Nos hace falta, sin embargo, colaborar con la gracia que nos previene, nos acompaña y nos permite lograr el fin deseado. Nuestra felicidad suprema se conquista con un combate espiritual: no se nace feliz, se llega a serlo con la ayuda de Dios y hay que ganar el premio, que somos nosotros mismos.

Esta lucha por la alegría debe ser permanente; exige que resistamos hasta la sangre a todos los obstáculos que se ponen en medio de esta conquista de nuestro fin último. Y para ello hay que perseverar.

Dicho de otro modo: para obtener la felicidad del cielo, hay que hacerse violencia a sí mismo. Es el sentido de esta frase del Evangelio: El Reino de los cielos sufre violencia, y son los violentos los que lo ganan (Mateo 11,12).

Ciertamente, cada uno de nosotros, en el atardecer de su vida, si ha aceptado ser contratado por el dueño de la viña, cualquiera que sea la hora del contrato, recibirá lo prometido, es decir la visión eterna de Dios. Sin embargo, dice Jesús: *"hay muchas estancias en la casa de mi Padre" (Jn 14, 2)* y estas, comenta san Agustín, corresponden a los diferentes grados de mérito de los que son admitidos en el cielo.

Todos los elegidos se benefician de la misericordia divina, pero ésta no desdeña la justicia: cada uno recibirá el salario que haya merecido según su colaboración con las atenciones divinas.
Cada bienaventurado poseerá la felicidad que haya deseado y a la que esté preparado. Recibirá por tanto la felicidad según sus capacidades de acogida. No impidas que las felicidades sean diferentes.

Una casa que no posee nada más que tragaluces estrechos está llena de toda la luz que es capaz de recibir; la estancia de vastos huecos también. Se trata de la misma luz, pero la diferencia es grande.
Será lo mismo para esta alegría plena y esta diversidad no vendrá de Dios, sino de los hombres y de sus respuestas a las gracias del Señor.

Jesús, al anunciarnos las bienaventuranzas, alegra nuestro corazón y estimula nuestras energías

Cuando repite Bienaventurado, Bienaventurado, no nos da un perfume balsámico para consolarnos en nuestras dificultades y aflicciones. No busca aplacarlas sino que quiere ayudarnos a transmutarlas. Como cambió el agua en vino, quiere que transformemos nuestras penas presentes en alegría desde ahora y para siempre.

Se dirige sólo a las almas fuertes que aceptan liberarse de la esclavitud del egoísmo y de la esclavitud de las pasiones; reclama igualmente almas leales que no se balancean entre Baal y Dios y que buscan sólo servir a dos señores.

Por el anuncio de las bienaventuranzas, Jesús opera una mutación radical de los valores: hay que renunciar a los bienes engañosos o falaces, a las esperanzas engañosas, a los placeres inmediatos, pero vanos y efímeros.

Nuestra mirada debe llevarnos más allá del horizonte de lo humano y de lo actual.

> Lo que no significa, sin embargo, que debamos renunciar a los compromisos terrestres y los sanos valores humanos;
> Debemos liberarnos de todo lo que es erróneo en nuestras maneras comunes de ver nuestra existencia aquí abajo;

Y por tanto no trabajar ya en lo que no pueda realmente satisfacer nuestra necesidad de felicidad, sino, insertándonos en el reino de Dios, operar por lo definitivo y eterno.

Este programa de Cristo, seguramente paradójico, no tiene sin embargo nada de utópico; es, por el contrario, eminentemente realista.

Al llevar una vida nueva en Dios, al transformar en él nuestro ser en lo que tiene de más profundo-el corazón-alcanzaremos una felicidad nueva.
Ya lo poseemos, y no sólo en esperanza, en la medida en la que el Señor es nuestro bien, en donde trabajamos para su gloria y, con él, para la salvación del mundo.

Una participación en la alegría de Cristo

Que no se diga que el cristianismo es una religión de tristeza.

Ciertamente la Cruz no puede eliminarse porque es la fuente de la felicidad: ¿No era preciso que Cristo tuviera tantos sufrimientos para entrar en su gloria? (Lc 24,46) dirá Jesús a los discípulos de Emaús.

Pero él mismo, antes de triunfar con la Resurrección, viviendo las bienaventuranzas que enseñaba, ¿ no ha sido profundamente feliz? Su alegría le venía de hacer la voluntad de Aquel que lo había enviado, estar entre las manos de su Padre y entregarse filialmente a él (...)

Su propia alegría, quiere comunicarla a sus discípulos: Para que mi alegría esté en vosotros y que os colme (Jn 15,11).

(...) Esta felicidad de Cristo, la compartimos si, al aceptar estas paradojas, entramos con él en el Reino de Dios.